

Hermana, repítame vd., por favor, lo que me ha dicho otras veces; que ella me perdonó, que no. . .

—Y qué! señor mio, le dijo nuestra Madre interrumpiéndole, ¿ese santo Cristo que tiene vd. sobre el pecho y que le dió ella misma en prenda de perdon, no le basta para probárselo?

—Sí, sí, respondió besándolo con amor. Sí, este legado de mi querida hermana debe reanimar mi valor, mi fe y mi confianza en la misericordia de Aquel que, aunque inocente, se entregó á la muerte para librarme del infierno. . . . No quiso que volviera yo á ver á Lucía: no permitió que ella fuese quien me cerrara los ojos. ¡Que su voluntad sea bendita!

Pasó lo demás del día en oracion, y por la tarde, sintiendo que se agotaban sus fuerzas, nos llamó con una voz apagada: Hermanas, les suplico que rogueis por mí, porque ya no tardaré mucho en presentarme ante el Supremo Juez. Ay! pedidle que tenga misericordia de un miserable pecador. . . .

Quiso seguir, pero ya no le fué posible, y entró en una dulce y apacible agonía. Al anoecer, espiró en los brazos del padre capellan, estrechando contra su corazon el Crucifijo de su hermana, con quien esperamos que irá á reunirse algun dia, si nó es que ya están juntos.»

Tal fué la relacion de Sor Francisca, que se me ha grabado profundamente en mi memoria. Deseo que te interese, y en todo caso, si hallas que he abusado mucho del permiso que me has dado de escribirte largo, cúlpate á tí misma, pues me has repetido tanto: «Tus cartas siempre son breves.» Esta vez, por lo ménos, he querido darte gusto. Ahora, por consideracion á tu paciencia, que no quiero cansar tanto, me contento con repetirte que te quiere y siempre te querrá.

TU AMIGA.

---

#### CARTA IX.

Ya por fin llegué, querida Carolina, á mi destino, y aunque muy contenta de haber terminado mi viaje, no pude ménos que sentir el tener que separarme de mis hermanas que me acompañaron hasta aquí. Unas siguieron á otro punto, otras están en el Hospicio, y tu servidora en una casa de misericordia.

Me parece que te oigo decir: ¿y qué es eso? Ten

un poco de paciencia y te lo explicaré; pero ántes tengo que pedirte que desde hoy, todo el tiempo que esté aquí, no me llames ya Enriqueta, sino Sor Teresa. Porque se acostumbra entre nosotras que cuando llegamos á una casa, la Superiora nos impone el nombre que le parece, como á mí al presente, el que conservamos mientras permanecemos allí, cambiándolo generalmente al variar de domicilio. Ya que quedas entendida de esto, paso á satisfacer tu curiosidad sobre lo que es una casa de misericordia. Así sellaman todas aquellas de nuestras casas que no dependen de un hospital. Nuestros quehaceres consisten entónces en tener escuelas gratuitas, educar huérfanas, cuidar, sangrar, vendar, etc., tanto en casa como en la de los pobres, á los enfermos de la parroquia; en fin, en distribuir á los necesitados consejos, consuelos, y socorros en dinero ó especie: como víveres, leña, ropa y medicinas. Tenemos, por supuesto, ropas y boticas bien surtidas.

Me encuentro muy dichosa: mi Superiora me consiente bastante, y mis compañeras me hacen la vida tan dulce, que hay ratos en que me da temor pensando si será posible que el camino del cielo sea tan fácil.

Somos siete; y como deseo que conozcas y quie-

ras á todas mis hermanas, voy á nombrártelas por orden de ancianidad, expresando sus diversos empleos. En primer línea, por de contado, está la Superiora, Sor Catarina, de edad de cincuenta años; todas la llamamos nuestra madre. A ella le tocan los más penosos cargos; es á la vez, intendenta, tesorera, ecónoma, etc.; pero los cuidados materiales que le son impuestos, son nada en comparacion de la responsabilidad moral que pesa sobre ella; porque necesita velar sobre todas nuestras acciones, y formarnos con prudencia y destreza á la vida de comunidad, donde algunas como yo, pobres novicias, no hemos dado sino unos cuantos pasos. Es una tarea penosa y difícil. No hay aquí más que cuatro hermanas que hayan hecho los sagrados votos; tiene, pues, tres novicias, de que debe hacer unas santas y dignas hijas de San Vicente de Paul. Espero que Dios se dignará venir en auxilio de nuestra madre.

Después sigue Sor Victoria, encargada de visitar los enfermos. Aun no cumple cuarenta años, y los médicos de la ciudad la tienen por muy hábil. Ensayaré hacerte su retrato, aunque temo que quede muy abajo de la realidad.

Amada y respetada de cuantos tienen la dicha de conocerla, es un modelo de todas las virtudes,

entre las cuales brillan un celo prudente é ilustrado, una tierna caridad, una humildad profunda y una igualdad de humor que la hace la más amable, así como la más querida de todas nuestras hermanas.

Crees tú, querida Carolina, que me ha venido el ambicioso pensamiento de esforzarme en imitarla? Ya se lo he dicho á nuestra madre, quien se sonrió al oír mi propósito, y me dijo que bien podia perseverar en él, sin orgullo por esa resolución; porque estamos obligadas siempre á aspirar á la perfeccion. Sin duda para hacerme más fácil el conseguirlo, nuestra madre me ha nombrado su acólito, con lo que acompaño á Sor Victoria en sus visitas á nuestros pobres enfermos.

La tercera hermana, Sor Margarita, está á la cabeza de cosa de veinte niñas huérfanas, que son alojadas, alimentadas y educadas en la casa; no la conozco todavía lo bastante para poder hablarte más largo; con todo, lo que he observado en sus niñas, me hace creer que tiene todas las cualidades necesarias al delicado empleo que tiene á su cargo. Sor Magdalena, ya profesa y Sor Juana, novicia, dirigen la escuela gratuita; y Sor Marta, muy amable, y siempre contenta, está en la cocina.

Ahora que conoces los miembros de mi nueva familia, de que te tendré que hablar otras veces, voy á

ponerte al tanto de mis hechos y acontecimientos desde que estoy aquí.

Al dia siguiente de mi llegada, quiso nuestra madre presentarme al señor cura, y en consecuencia me llevó á visitarlo. Es un anciano de cabellos blancos, que me recibió con una bondad enteramente paternal, y despues de las frases acostumbradas de cortesía, me preguntó de qué provincia era. Habiéndole dicho de cual, dijo que se alegraba de saberlo, porque así debia yo conocer el pueblo de S. B\*\*\*

Mi familia allí vive, le respondí con modestia, y yo nací en él.

Vaya! interrumpió con alegría; vd. debe saber de uno de mis compañeros de colegio, un hombre muy bueno y muy honrado, el Sr. Pilvert.....

Ese elogio de mi padre, salido de unos labios tan respetables, me causó gran gusto; pero como nos está prohibido el decir sin necesidad nuestros nombres de familia, no me atreví á responder nada; y no sabiendo cómo salir del paso, no hacia yo más que ver á nuestra madre, quien se apresuró á decir sonriendo:

Hija, puede vd. hablar sin reserva con el señor cura: esté vd. segura de que no abusará de su confianza.

Ya entiendo, replicó con viveza éste: vd. tiene la dicha de ser su hija.

Le hice un signo de afirmacion y de agradecimiento, y añadió con cierto aire de sinceridad:

Pues bien, yo la felicito; los hijos deben gloriarse de tener padres tan virtuosos como los de vd.»

Ay Carolina! de veras me sentí entónces enorgullecida, por haber tenido un padre tan bueno, y mi corazon saltaba de alegría. Omiso todas las preguntas que me hizo despues el señor cura, y las que yo le dirigí: estábamos en un terreno tan fértil, que no nos cansábamos de recorrerlo: nuestra conversacion era animada, y no pensábamos cortarla. Si no fuera por nuestra madre que le puso término, nosotros la habríamos prolongado mucho más.

Al separarnos me dijo tales cosas de aprecio, que nuestra madre exclamó:

Ay señor cura! no se la volveré á traer, porque me la echa vd. á perder!

Vamos, replicó malignamente: pienso que vd. lo ha comenzado á hacer ántes que yo.

Nuestra madre se despidió y salimos.

Tiene razon el señor cura; no temo de mi Superiora más que su mucha indulgencia, que creo trata de proporcionar á mi flaqueza.

Admira conmigo, querida Carolina, este nuevo rasgo de la bondad divina que me hace hallar á ciento y cincuenta leguas á un amigo de mi padre, con quien pueda yo hablar de las personas que amo tanto.

Al salir de casa del señor cura, nuestra madre, que tenia que hacer otras visitas, me llevó consigo, lo que te confieso, que no me fué nada agradable; pero en fin, era preciso que me resignase, y la acompañase á casa de varias grandes señoras, donde fuimos recibidas con mucha frialdad; tambien es que nuestras visitas no eran de pura cortesía, eran un sí es no es interesadas: el invierno ha sido largo y cruel, y los recursos de nuestra madre, estando casi agotados, quiso llamar de nuevo á la caridad de los ricos en favor de los pobres. Como habla muy bien, y tiene tan buen trato, no se le pudieron rehusar absolutamente, al defender la causa de la desgracia; pero las limosnas eran tan cortas, que iba bastante triste, y me dijo suspirando: «Si tuviera valor, iria á implorar de nuevo la generosidad de la Sra. Leuplan (es la esposa de un alto funcionario público); porque mi bolsa está casi vacía..... pero temo que sea una indiscrecion; la he molestado tantas veces durante este invierno!.... Ay! pero tambien, añadió despues de

un momento de vacilacion, si no le pido yo, ¿qué sucederá con mis pobres?... Vamos, sacrifiquemos á Dios esa falsa vergüenza, y pidámosle que la disponga en nuestro favor.»

Diciendo esto, volvió camino, y cinco minutos despues, estábamos á la puerta de una hermosa casa. Subimos una magnífica escalera, y entramos á una antesala donde nos recibieron dos lacayos de lujosa librea. Uno de ellos nos introdujo por orden de la señora de la casa, á un elegante gabinete. No has visto tú nunca persona más agradecida. Se levantó inmediatamente para venirnos á encontrar, y, ántes aún, de que nuestra madre hubiera tenido tiempo de exponerle el motivo de su visita, le dijo del modo más amable:

«Qué bueno, madre, que haya venido vd. hoy á verme; lo hace tan pocas veces, que ya me estaba enojando con vd. Hace lo ménos un mes que no la veo, y vd. es responsable de que haya hecho algunos gastos inútiles, que habria sido mejor no hacerlos. Para no volver á caer en la misma falta, me puse esta mañana á separar la parte de sus pobres, y pensaba llevársela yo misma mañana; pero, añadió riendo, y entregando á nuestra madre unos rollos de dinero, ha hecho vd. muy bien

en anticiparse, porque si hubiera yo llegado á ir á su casa, la habria regañado.

«¿Y por qué me habia vd. de regañar, señora? ¿por qué lo habia yo merecido? respondió nuestra madre encendido el rostro de alegría.

«Ya se lo he dicho, porque viene vd. muy pocas veces, porque no cuenta vd. con mi bolsa. Cuando uno es jóven, vd. lo sabe bien, siempre se inclina á cumplir sus antojos, y á veces á expensas de los pobres. Muchas veces nos olvidamos tan fácilmente de las miserias que no vemos! No nos acordamos de que somos los depositarios de los bienes que Dios nos concede. Ay! la mejor parte debia de ser para los pobres, de quienes sois vdes. las hermanas, las abogadas y ángeles tutelares.»

Te refiero sus mismas palabras, porque convendrás conmigo en que son muy bellas y conmovedoras, sobre todo en los labios de una señora jóven y bonita, rodeada de homenajes y de seducciones que echan á perder tantas veces el mejor carácter, y endurecen comunmente el corazon. Dios, como ves, sabe elegir sus escogidos en todas las clases y en todas las condiciones de la sociedad.

Nos estuvo deteniendo bastante tiempo, y no nos dejó ir hasta que le avisaron que la buscaba la vizcondesa de..... No entendí el nombre de la

recién llegada, y no lo sentí mucho, porque desde que la ví tuvo el tino de desagradarme profundamente: su porte algo descompuesto, su aire distraído, su tono altivo, libre y desdeñoso, son cosas, en efecto, suficientes para no prevenir en su favor; jóven tambien, y lucida más bien que bonita, deja traslucir mucho que lo que quiere es complacer y dominar. Despues de los primeros cumplimientos de costumbre á la señora de casa, nos vió de piés á cabeza con cierta sonrisa irónica, y volviéndonos la espalda, sin contestar á nuestro saludo, se dejó caer negligentemente en un sillón, miéntras que la amable Sra. Leuplan nos acompañaba hasta la puerta de la sala.

¡Ay! madre mia, exclamé cuando íbamos por la calle: qué diferencia entre esas dos señoras! Cuánto debe sufrir la Sra. Leuplan, con semejante sociedad! Yo no tendria tanta paciencia como ella, y no permitiria que me visitara cualquier persona.

No haria vd. nada, hija, me respondió, porque si era vd. prudente y entendida, imitaria á la Sra. Leuplan que más bien por caridad que por deber de posicion, recibe con igual afabilidad á cuantos se presentan en su casa. Severa consigo misma, é indulgente con los demás, se ha trazado una regla

de conducta que le hace tanto honor á su talento como á su piedad: quiere, ante todo, hacer la religion muy amable, porque es el mejor medio de hacerla practicar, y sigue el precepto de San Pablo: «Hacerse todo á todos para ganarlos á todos para Jesucristo.»

Sin aparentarlo, nuestra Madre acababa de darme una leccion indirecta de caridad; procuré aprovecharme de ella, y tomé la resolucion de sufrir en adelante todos los caprichos de mis prójimos, y para lograrlo, recordé con frecuencia que una señora del gran mundo es la que me ha dado el ejemplo.

Me llaman; Sor Victoria me está esperando: voy bajo su direccion á continuar mis estudios para el grado de doctor; pero ay! todavía soy muy débil é ignorante; tiemblo cuando se trata de hacer alguna curacion. Adios, querida amiga, me llaman; va adonde Dios quiere

SOR TERESA.